

TEHUANTEPEC.

ACCIÓN DE «LAS JÍCARAS.»

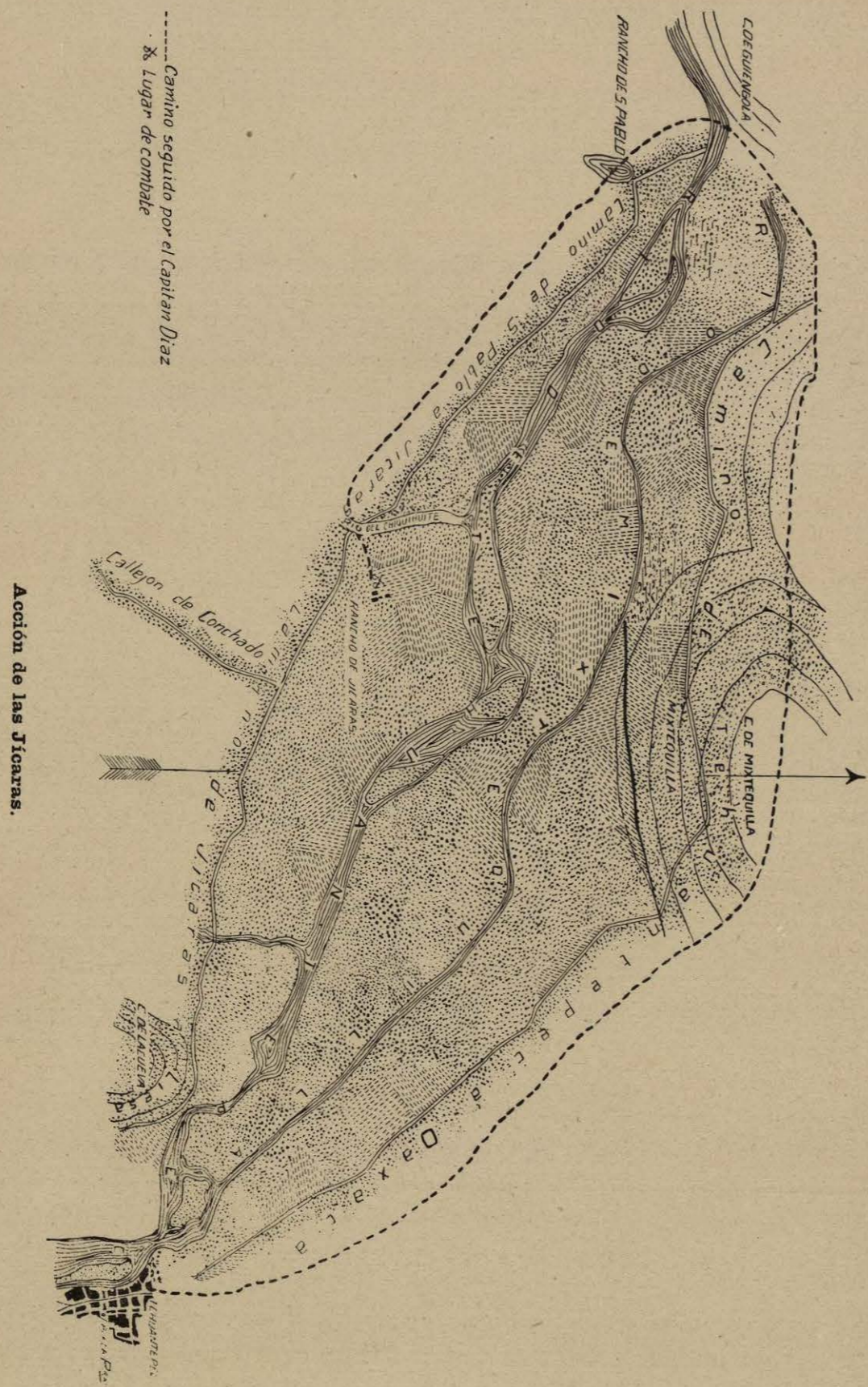


EFIRIÉNDOSE á la expedición á Tehuantepec, dice el Sr. Gral. Díaz lo siguiente:

«Reorganizado Cobos por la decidida protección que encontró en Tehuantepec, amenazaba al Gobierno de Oaxaca, el cual se vió obligado á mandar prontamente una columna que fuera en su persecución, y cuyo mando encomendó al Coronel D. Ignacio Mejía. Esta columna se componía de 700 hombres, poco más ó menos, y se formaba de las compañías de cazadores y granaderos del primer batallón de Guardia Nacional del Estado, mandadas por su Teniente Coronel, Lic. D. José M. Ballesteros; de las compañías de granaderos y cazadores del segundo batallón, mandadas por mí, como Capitán de Granaderos; de las compañías de granaderos y cazadores del tercer batallón, mandadas por su Teniente Coronel D. Alejandro Espinosa; de una sección de artillería de montaña, mandada por el teniente D. Nabor Bolaños, y de un escuadrón de Guardia Nacional, mandado por el Teniente Coronel D. Miguel Luna...

(En su marcha hacia Tehuantepec, la columna enunciada derrotó con su vanguardia, á una avanzada del enemigo, en el rancho de las Vacas).

«Seguimos la marcha, y al pasar por la hacienda de San Cristóbal, tuvimos noticia de que el enemigo se movía en Tehuantepec para encontrarnos; y en efecto, el 25 de Febrero de 1858, antes de lle-



Acción de las Jícaras.

..... Camino seguido por el Capitan Diaz
& Lugar de combate

gar al pueblo de Jalapa, comenzamos á ser tiroteados por sus avanzadas, que se replegaron á dicho pueblo. Atacamos allí vigorosamente á su núcleo principal, que estaba en el convento, y en dos montículos inmediatos, y fué completamente derrotado, pues no pudo resistir el empuje de nuestros soldados, que venían orgullosos de su reciente victoria en Oaxaca. El combate fué muy reñido, pues duró más de una hora.

«Cobos y sus oficiales emprendieron la fuga por el camino de Jalapa á Huamelula, en donde pernoctaron ese día, después de haber hecho una marcha muy rápida y muy penosa. Como el Coronel Mejía había dado aviso de esa retirada á los juchitecos, partidarios del Gobierno, que habían ocupado ya á Tehuantepec, aprovechando el abandono que de esa plaza hizo Cobos para salir á nuestro encuentro, una partida de dichos juchitecos se puso velozmente en marcha, por corto camino de travesía, para el rancho del Garrapatero, lugar por donde Cobos debía pasar. Llegó, en efecto, antes que él, y sin ocupar la habitación del rancho, se emboscó en el monte y encerró en el corral un buen número de vacas de ordeña, para provocar el apetito de los prófugos, que poco á poco debían pasar por allí, y seguramente con hambre. Así sucedió: al amanecer del día 26 de Febrero, y cuando más de cuarenta personas de las que huían con Cobos (casi todos eran jefes y oficiales) estaban desmontados y ocupados en ordeñar las vacas, los juchitecos rodearon el corral y dieron muerte á todos.

«Cobos, D. Manuel González y otros oficiales, se salvaron, por no haberse detenido en el rancho. Entre los muertos había algunos curas, que seguían á Cobos en calidad de simpatizadores.

«Continuó Cobos su marcha por toda la costa, hasta San Pedro Mixtepec, en donde, inclinándose al Noroeste, atravesó la Mixteca en esa dirección y salió á Tehuacán para unirse con los suyos, que ocupaban la Capital y algunas ciudades del centro de la República.

«En cuanto á nosotros, después de tres días cargamos á nuestros heridos y materiales quitados al enemigo, y emprendimos la marcha para Tehuantepec, en donde el Coronel Mejía se ocupó de reorganizar el Gobierno del Departamento.

«Permanecimos unas tres semanas en Tehuantepec, é hicimos algunas salidas en persecución de las agrupaciones del enemigo, que pululaban por todos rumbos; salidas que no tuvieron éxito, porque gente del terreno como era la que perseguíamos, se nos escapaba por los espesos é intrincados montes del Istmo.

«Entretanto, el Coronel Mejía recibió orden de volver con la bri-

gada á Oaxaca, dejando un destacamento en Tehuantepec, y se le prevenía que obrara rápidamente, porque tenía que marchar á Veracruz, por la sierra, para servir de escolta al Presidente Juárez, que venía por el Pacífico y el Istmo de Panamá, á fin de establecer el Gobierno Constitucional en la expresada plaza de Veracruz.

«El Coronel Mejía nombró Gobernador y Jefe militar del Departamento de Tehuantepec, al Teniente Coronel Ballesteros, que era el más antiguo entre los jefes con mando de fuerza; pero éste presentó muchas excusas, llegando hasta anunciar su dimisión. Hizo la misma proposición al Teniente Coronel D. Alejandro Espinosa, y habiendo obtenido idéntico resultado, me habló de este asunto, rodeando su indicación de muchos encomios, ofreciendo que pronto vendrían eficaces auxilios en mi favor, y que antes de dos meses estaría él mismo de regreso, con una columna, para protegerme.

«Manifesté al Coronel Mejía, que mi deber era obedecerle; pero autorizado por la explicación que bondadosamente me hacía, respecto á la debilidad del enemigo, y para que mi aceptación, hija del deber, no se atribuyera á ignorancia, le llamé la atención sobre el hecho de que, de los 3,000 hombres que Cobos nos presentó en Jalapa, no habían huido con él arriba de cien, y habían sido muertos en la acción unos cincuenta; que tampoco nos había dejado más de cien fusiles en el campo, y por consiguiente, todas las armas y todos los hombres estaban en los pueblos y montañas del Istmo, y que si no se ponían en actividad, era por lo reciente de su derrota y por la presencia de la columna que él mandaba; pero una vez retirada ésta, y pasada la primera impresión de su desastre, se organizarían y constituirían un enemigo superior á la guarnición, con cuyo mando se me honraba. Por otra parte, debía suponerse que las autoridades, tanto de la ciudad como de los pueblos del Departamento, fueran más afectas al enemigo que á nosotros, por causa de su fanatismo religioso y su hostilidad á Oaxaca.

«Le manifesté, por último, que sin embargo de estos serios peligros, obedecía y aceptaba el mando que se me ofrecía, y que haría cuanto estuviera en mi poder para sostener allí la autoridad y la honra del Gobierno.

«Fuí, pues, nombrado Gobernador y Comandante militar del Departamento de Tehuantepec, y quedaron á mis órdenes las dos compañías de mi batallón, cuyo mando se me había encomendado desde Oaxaca, y cuyo personal no pasaba de 160 hombres. (Memorias).

Poco después de haber aceptado el nombramiento de Comandante

militar de Tehuantepec, tuvo lugar la acción de «Las Jícaras,» cuya descripción ha hecho el Sr. Gral. de División, Bernardo Reyes, en los términos siguientes:

«No bien las tropas del Coronel Mejía se alejaron de Tehuantepec, cuando partidas del enemigo empezaron á acosar á la reducida guarnición liberal allí establecida; y hoy la tiroteaban cien ó doscientos hombres, desde los suburbios, dispersándose luego en los bosques; y mañana se atrevían hasta las calles céntricas, con mayor número de fuerza, y así la situación cada día se hacía más tirante para el jefe, sin recursos, por otra parte, con qué atender debidamente á su tropa; siendo sus encubiertos enemigos, hasta las propias autoridades subalternas, y sin embargo, dominando, á fuerza de energía é ingenio, semejante estado de cosas; y acaparando municiones de guerra y subsistencias, como le era dable, satisfacía las necesidades del momento, hora tras hora.

«Siete procelosas semanas fueron así pasando, y en la segunda del mes de Abril (1858), una noche, la del día 12, de modo más serio, el enemigo se aproxima á la ciudad, estableciendo su cuartel general al otro lado del río, que la población limita en la hacienda de «Las Jícaras,» distante unos dos kilómetros de la plaza.

«De suponerse era que hasta el siguiente día, 13, la fuerza contraria no daría principio á sus hostilidades. Así lo conjeturó el Capitán Díaz, y desde luego concibió un brillante, peligroso plan de combate, que sin pérdida de tiempo, favorecido por la noche, puso en ejecución.

«Al cuidado del cuartel deja un pequeño destacamento, á las órdenes del Teniente Juan Omaña, protegido por un grupo de hombres armados del barrio de San Blas, único barrio amigo entre los quince que formaban la ciudad; y con el grueso de su fuerza, por veredas excusadas, recorriendo á paso veloz la mayor parte del camino, marcha á tomar la retaguardia del enemigo, hasta rebasar en tres ó cuatro kilómetros sus posiciones, con objeto de caer sobre él por sorpresa, y por el rumbo donde fundadamente era de creerse que no se cuidaba.

«Sin embargo, ya á la espalda del campo contrario, á lo largo de una brecha, se mira una luz como fuego de un vivac, que hacía presumir un puesto del enemigo; y entonces, de pronta providencia, entre el ramaje de los lados de la brecha, Díaz, con cuatro oficiales, se adelanta veloz, sorprendiendo sin ruido y aprisionando á cuatro hombres que hacían el servicio de seguridad, al calor de la lumbre.

«Tras ésto, sin perder tiempo, la marcha de la columna se precipita; y á los inciertos albores del día, cae destrozando, haciendo fuego, como encendida bomba, sobre la espantada muchedumbre de los contrarios, que en su mayor parte dormían. Se miran los grupos apelotonarse aquí y allá; suenan los fusiles, se oye la gritería; mas la débil resistencia de los pocos que se hallaban en servicio, pronto cesó, y el sol del 13 de Abril iluminó, al ascender sobre el horizonte, á los victoriosos que levantaban el campo.

«Tanta mayor importancia tuvo ese hecho de armas, cuanto que en él sucumbieron los jefes más capaces que el enemigo tenía para organizar elementos de revolución en Tehuantepec, como eran el Coronel José María Conchado, de origen español y carlista; el Teniente Coronel José María García, el Coronel Carballo, y, además, muchos oficiales.

«Carballo fué asesinado á poco del asalto, por los dispersos compañeros suyos, quienes se imaginaron en su suspicacia, que habían sido traicionados por ese Jefe, que estaba de servicio al sufrirse por los derrotados la sorpresa.

«El triunfo de «Las Jícaras,» valió á Porfirio Díaz su ascenso á Mayor de la Guardia Nacional de Oaxaca.

«Un periódico de ese Estado refirió la acción, dirigiendo merecido encomio al que tan brillantemente la concibiera y ejecutara; y la Señora Madre del Capitán Díaz, á quien en Oaxaca se entregó el despacho de Mayor para su hijo, fijó en él el recorte del citado periódico.

«Después, ese despacho, con aquel recorte, puesto por las benditas manos de la madre, ufana con los triunfos del hijo, ha sido conservado por éste, y con razón, como una preciosa reliquia que habla silenciosamente, cuando se la mira, del amor y abnegación de la que, ausente y dolorida, tenía espíritu bastante para enorgullecerse por los triunfos del soldado cuyo corazón formara.»

La situación del Comandante Militar de Tehuantepec no mejoró gran cosa con el triunfo de «Las Jícaras,» á juzgar por lo que él mismo ha dicho:

«Mi situación en Tehuantepec era extraordinariamente difícil, pues estaba incomunicado con el Gobierno, sin más elementos que los que yo podía proporcionarme en un país belicoso y enteramente hostil. Teniendo que sostener, casi diariamente, un combate con el enemigo, la fuerza de mi batallón había disminuido considerablemente. Yo no estaba atendido más que á ella y á unos cincuenta hom-

bres del pueblo de MIGES, de Santiago Guevea, que pertenecía al Departamento de Tehuantepec.

«Cuando necesitaba mayor fuerza, podía disponer de cien á doscientos hombres armados y municionados de Juchitán, quienes me servían solamente por pocos días y á quienes pagaba su haber correspondiente, lo que significaba un sacrificio, dada mi escasez de todo recurso.

«Los caminos estaban ocupados por el enemigo, y no podía transitarse por ellos, porque se robaba á los pasajeros.

«Para recibir la correspondencia de Oaxaca, tenía que salir con una fuerza armada. Estas excursiones las hacía casi semanariamente, y en ellas tenía que alejarme, á veces, hasta 25 leguas de la ciudad de Tehuantepec.

«Mis únicos amigos en ella, eran: el cura Fr. Mauricio López, dominico, istmeño de nacimiento, hombre bastante ilustrado, de ideas liberales, de muy buen sentido y muy estimado entre los indios; el Juez, que era D. Juan A. Avendaño, antiguo vecino de la ciudad de Tehuantepec, y comerciante muy relacionado allí, tío de D. Matías Romero; y D. Juan Calvo, relojero y administrador de correos, también relacionado. Sin estas amistades, que me prestaron muy oportunos y distinguidos servicios, y sin una policía secreta que establecí, hubiera ignorado absolutamente cuanto pasaba en mi derredor, porque todos me eran hostiles, y, por lo mismo, mi situación habría sido insostenible.

«Ella, de suyo difícil, se agravó á fines del año de 1858, porque el Gobierno del Estado no me mandaba ningún recurso, ni aun el reemplazo de los hombres que yo pedía. Consideré indispensable hablar con el Gobernador del Estado, para describirle mi situación, con objeto de remediarla.

«Gran parte de los soldados que me quedaban estaban conmigo por afecto personal. Un día marché con ellos de Tehuantepec, y llegué hasta San Carlos Yautepec, y como si se tratara de una de tantas expediciones periódicas que hacíamos para proteger el correo. Ya allí les informé de la situación y del propósito que tenía de ir á Oaxaca, ofreciéndoles que no les abandonaría, sino que estaría de vuelta á su lado antes de cinco días.

«Volví, en efecto, antes de expirar el plazo, después de haber arreglado en parte mis dificultades con el Gobierno, pues tan sólo conseguí que el Gobernador mandara un refuerzo de tropa á las órdenes del Coronel D. Cristobal Salinas; pero esta fuerza estuvo conmigo

únicamente dos semanas y regresó á Oaxaca, dejándome en peor situación de la en que me encontró. Entonces me dirigí por escrito al Sr. Juárez, que estaba en Veracruz, y en respuesta me remitió dos mil pesos, de que fué conductor el Teniente Coronel D. Francisco Loaeza, siendo ésta una de las pocas ocasiones que recibí auxilio pecuniario del Gobierno.

«La amistad de los juchitecos, mis aliados, no era muy sólida ni estaba basada en principios, sino en su rivalidad con el pueblo de Tehuantepec. Esto, y los antecedentes del carácter impresionable y voluble de los juchitecos, me inquietaba. Efectivamente, su impresionabilidad se mostró claramente en un pronunciamiento que tuvo lugar en Juchitán, contra el General Santa-Anna, á fines de 1854, acaudillado por Cristobal Salinas. Pocos días después de haberse ellos pronunciado, volvieron á someterse é intentaron entregar á Salinas, quien con trabajo logró escaparse; pero no así su Secretario, á quien aprehendieron y entregaron al General Torrejón, que mandaba las fuerzas del Gobierno de Tehuantepec.

«El pobre Secretario fué fusilado, y este hecho, no esperado por los mismos que lo aprisionaron, los exaltó y los determinó á contra-ponunciarse de nuevo, y á volver á proclamar á Salinas como su jefe, todo lo cual pasó en término de dos días.

«Cuando se retiró el Coronel Salinas, se empeoró grandemente mi situación, porque los citados juchitecos comenzaban á entenderse con los sublevados de Tehuantepec, entre los cuales estaba el jefe Antonio Abad López, que era su paisano. Por fortuna, un incidente inesperado vino á disipar este grave peligro.

«El día 1º de Enero de 1859, siguiendo su costumbre, concurrieron centenares de familias juchitecas á la fiesta del Año nuevo, que se celebra en Tehuantepec; y esparcida con toda intención la noticia de que yo había dado municiones de fusil á los juchitecos, y que esas municiones iban distribuidas en las carretas en que regresaban sus familias para Juchitán, los sublevados las asaltaron al regreso de la fiesta. Oportunamente ocurri á su defensa, no sólo con tropas juchitecas, sino con las dos compañías de mi batallón, habiendo hecho mis pocos soldados, grandes estragos en los asaltantes.

«Los perseguimos hasta meternos en una laguna en que nos llegaba el agua á la mitad del cuerpo, y en donde ellos se habían refugiado, creyendo, sin duda, que allí no les seguiríamos.

«Considerando que esta era una buena oportunidad para afianzar por la gratitud á mis sospechosos aliados, seguí escoltando el convoy

de sus familias, á pie, hasta cerca de Juchitán, en donde me alcanzó mi ordenanza con mi caballo.

«Pasamos la noche en aquella ciudad y convoqué una reunión popular, para hacer presente al concurso la necesidad de exterminar de una vez á los pronunciados.

«Por este medio, preparado con los antecedentes expuestos, logré que se alistaran como dos mil hombres, que distribuí en pequeñas fracciones, para hacer una batida á todo el territorio del Departamento. Así se verificó, y esto dió muy buenos resultados, porque en esa batida perecieron varios de los sublevados, se recogieron algunas armas, y, sobre todo, se imposibilitó por completo la temida mancomunidad de acción de los juchitecos con los tehuantepecanos.» (Memorias).

Por este tiempo tuvo lugar la batalla de la Mixtequilla, que valió al Comandante Díaz su ascenso á Teniente Coronel.

Veamos cómo él mismo lo refiere:

«En Junio de 1859, sorprendí al enemigo en la Mixtequilla y lo seguí persiguiendo hasta el rancho de los Amantes, en donde trató de hacerse fuerte; pero con poco esfuerzo lo derroté por completo, haciéndole algunos muertos, entre ellos su jefe, que era el Mayor Espinosa. Esta acción, aunque de poca importancia en sí, me valió el ascenso á Teniente Coronel, decretado por el Gobierno del Estado, que entiendo se inspiró más bien en el deseo que tenía de ascenderme, que en el resultado de la acción expresada.

«El 6 de Septiembre del mismo año, sorprendí de nuevo al enemigo en el pueblo de Jalapa, causándole serios destrozos, y el 2 de Noviembre siguiente, en Tequisitlán. En la acción de Jalapa murió el Teniente Ireneo Cartas, hermano de Benigno Cartas, quien figuró en los sucesos posteriores.

«A consecuencia de haberse publicado en el Departamento de Tehuantepec las leyes de Reforma de 12 y 13 de Julio de 1859, y las de 27 del mismo mes, que establecían el matrimonio y el Registro Civil, expedidas por el Gobierno Federal, residente en Veracruz, el pueblo de Juchitán las consideró como un ataque á la religión, y se pronunció contra el Gobierno de Oaxaca. Como el barrio de San Blas, el pueblo de Guevea y el de Juchitán eran mis únicos aliados, no podía prescindir de éste, ni estaba bastante fuerte para aceptar su reto, y por lo mismo, al tener noticias de su pronunciamiento, me dirigí á Juchitán, acompañado del Cura liberal Fray Mauricio López, de un ayudante y de un ordenanza.

«Al llegar al pueblo, dejé á mis acompañantes en los suburbios, y entré solo en la casa de D. Alejandro Gives, antiguo vecino y rico comerciante francés, muy apreciado y bien relacionado en el lugar, con el propósito de llamar allí á los cabecillas y procurar entenderme con ellos; pero antes de llegar á esa casa, encontré una partida de los pronunciados, ebrios y armados, quienes al verme y considerarme como enemigo, se preparaban para hacerme fuego, cuando logré contenerlos, diciéndoles, que como amigo que era yo de ellos, iba á acompañarlos y á seguir su suerte. Entramos en conversación, y fuimos á la plaza del pueblo, en donde calmé su temor de que hubiera yo llevado fuerza armada.

«Una vez en la plaza, calmados y persuadidos de que había yo ido sin gente armada, les explicó Fray Mauricio, en lengua zapoteca, que la ley del Registro Civil en nada afectaba á la Religión, y que si eso fuera así, él habría sido el primero en tomar las armas en defensa de la fe. A media peroración de Fray Mauricio, propuso Apolonio Jiménez, uno de los cabecillas de Juchitán, que algunos años después asesinó á mi hermano Félix, que nos mataran á Fray Mauricio y á mí, porque de otro modo lograríamos convencer al pueblo de que había hecho mal en pronunciarse. . . . Uno de los ancianos, que son allí muy respetados del pueblo, regañó y castigó severamente á Jiménez, lo cual permitió que Fray Mauricio terminara su peroración, y que sucediera lo que el citado Jiménez había predicho, esto es, que se convencieran de que habían obrado mal y convinieran en volver al orden. De esta manera logré salvar una de las más graves dificultades que tuve en el Istmo de Tehuantepec.» (Memorias).

Hablando de la lucha sostenida por Porfirio Díaz en Tehuantepec, dice el ilustrado escritor Sr. Quevedo y Zubieta:

«El carácter nace, en gran parte, de las *situaciones*.

«Una situación de aislamiento en la lucha, de poder discrecional constantemente combatido —tal fué la de Porfirio en Tehuantepec,— crea un «yo» autoritario de acción intensísima. De 1858 á 1859, Porfirio fué oficialmente en Tehuantepec, Gobernador y Comandante Militar. . . . Extraoficialmente lo era todo. Él era *su* Tribunal Supremo, *su* Administrador de Rentas, *su* Director de Instrucción Pública, *su* Consejo Sanitario, etc.

«La fuerza le faltó al principio. Llegado allí entre las filas de una columna considerable, lo dejan con una guarnición reducida enfrente de un número abrumante.

«La columna se va. . . y el tiroteo empieza.

«El jefecito parecía condenado á muerte. Con su bala emigradora amagándole el riñón derecho, con su paludismo contraído desde la llegada, su vida vacilaba por apagarse entre la boca de un fusil oculto en la maleza, y un décimo más de hipertermia . . . De tanta debilidad surgió la necesidad de imponerse.

«El Gobierno del Estado y el Federal, emigrantes los dos, situados ambos á una distancia prácticamente enorme, no podían ni protegerle, ni cohibirle en su acción. Ante aquellos *Patricios* convictos de reincidencia en el arte de matar soldados liberales á mansalva, que acurrucados en los breñales cazaban á sus hombres como tigres, Porfirio Díaz aprehendió primero, fusiló después . . .

«Un día llegó en que comunicó al Gobernador Díaz Ordaz, que había fusilado á un grupo de cinco *patricios* convictos de reincidencia en el arte de matar soldados liberales á mansalva. Díaz Ordaz, que era su pariente y le tuteaba, le escribió en tono airado: «Si fusilas otros, te haré procesar.»

«Puedes hacerme procesar desde luego, le contestó el primo de Tehuantepec, porque si aprehendo á otros en circunstancias semejantes, los pasaré por las armas . . . ya he perdonado á algunos y toman mi indulgencia por miedo.

«Poco tiempo después fusiló á otro grupo é informó de ello, inmediatamente, á Díaz Ordaz . . . quien no le contestó una palabra sobre el particular.

«Cuando la energía hubo surtido su efecto, no fué más allá. Cualquiera otro se hubiera convertido entonces en uno de tantos vulgares sátrapas de pueblo.

«Porfirio se detuvo, retrocedió dentro de sí mismo, y por una especie de dicotomía interna, se verificó en él una operación de desdoblamiento, que debía perpetuarse en su modo de ser . . . mitad severo, hasta la ejecución sumaria; mitad dulce, mitad flexible, contemporizador, *hábil*. Hostilizado rudamente en Tehuantepec, busca y halla la alianza del pueblo juchiteco, carne mala, pero carne de defensa.

«A medida que triunfaba de todo, del *patricio*, del miasma palúdico, de su herida que cicatrizaba, la juventud se fundía, vaciábase en el molde de la plena virilidad, recaldeada en la lucha.

«Salía de ella con su exuberancia de voluntad y de acción ordenada por la prueba dolorosa. Todavía el valiente necesitará de otros choques y de nueva sangría para hacerse el reposado ecónomo de su fuerza. Pero ya hacia fines de su estancia en Tehuantepec, el jefe de

distinción nativa, *caudillo* en ciernes, empezaba á revelarse en el combatiente.»*

Ciertamente influyó sobre el carácter de Porfirio, su permanencia en la comarca de los pérfidos hijos de la guerrera tribu Huabi, cazadores de tigres, avezados á la lucha de asalto y de emboscada. Fanáticos hostiles tan alevosos y temibles como las mismas fiebres perniciosas que emponzoñan los bosques y pantanos de aquella fértil tierra, llamada en lengua huabi, MONTAÑA DE LOS TIGRES, tan rica por su fauna y por su flora y tan temida por su clima.

Fué allí donde, obligado por el sistema de acecho que contra él empleaban, aprendió y se adiestró en la táctica de *albazo*, con que él mismo fué algunas veces sorprendido.

Refiere el General D. Ignacio Escudero, que atacado Porfirio por un maligno acceso de fiebre palúdica, los *patricios* sorprendieron la plaza y se lanzaron sobre el cuartel de los republicanos, intentando asaltarlo. El combate fué vigorosísimo, y Porfirio, á pesar de la fiebre, comprendió que estaba perdido si no tomaba una resolución suprema.

«Violentamente saltó del lecho, empuñó su espada, se presentó ante sus soldados, que comenzaban á vacilar, y dió órdenes para cubrir los puestos más amenazados, combatiendo personalmente. Pero su debilidad era extrema y la calentura intensísima; cayó al fin al suelo, desplomado por el vértigo y sin sentido, en el atrio del templo de Santo Domingo (de Tehuantepec). Sus soldados le llevaron en hombros á su lecho, pero el enemigo había sido rechazado . . .»

Fué allí donde estuvo tan escaso de recursos, *que organizó el hambre propia y la de sus milicianos*.

«Comía en comunidad con sus oficiales, tasándoles la alimentación á razón de cincuenta centavos diarios . . . y nada de sueldos, mientras no hubiese entrada extraordinaria. Allí, como en Ixtlán, decía: EL ESTÓMAGO DEL JEFE Y EL DEL OFICIAL SUBALTERNO, SON IGUALES.

«En cuanto al soldado raso, cuidaba de que jamás le faltasen sus 25 centavos diarios . . . Al propio tiempo pagaba al juez, al maestro de obras y al maestro de escuela.

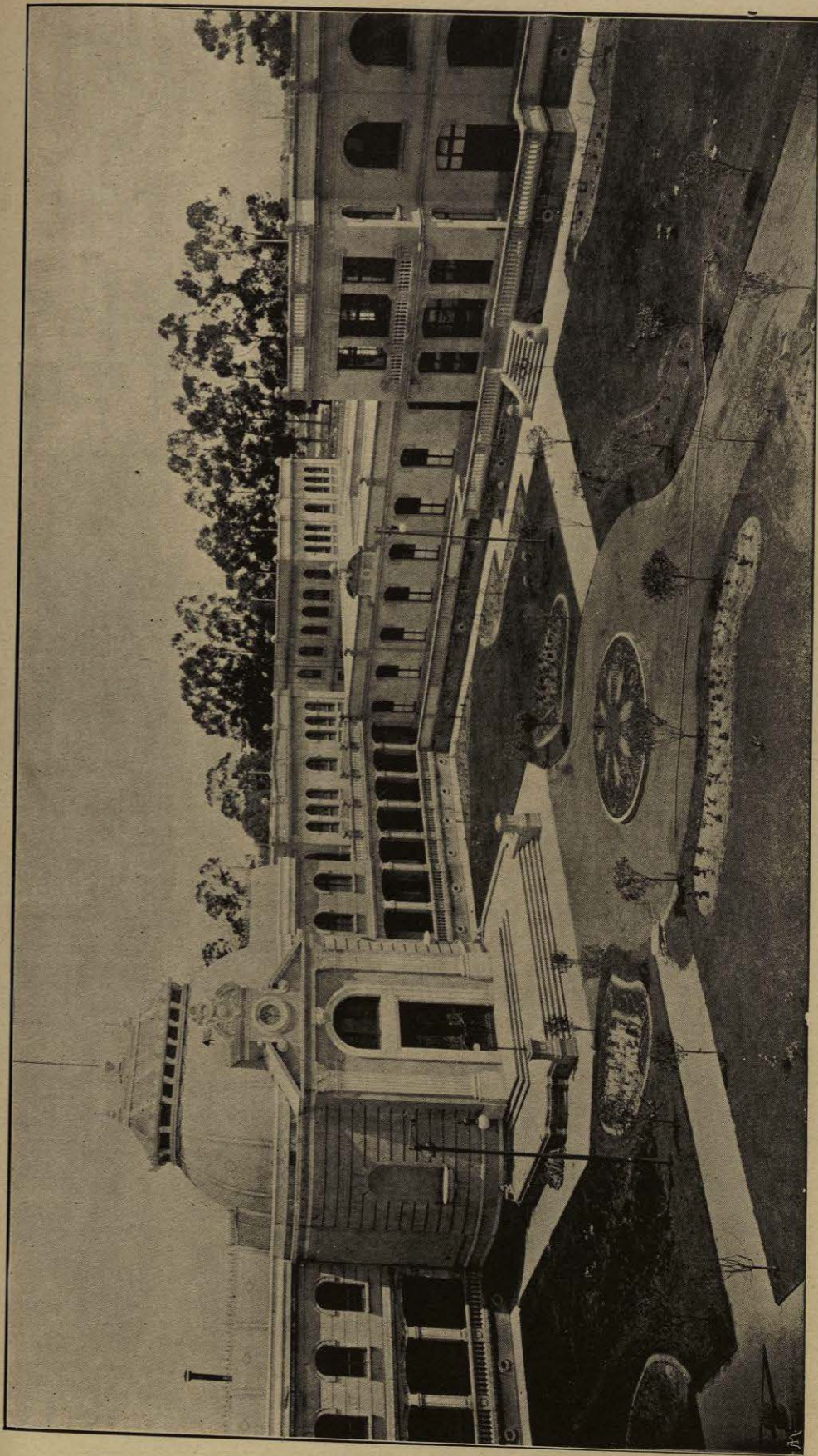
«Establecía una maestranza para la fabricación de balas y se ocupaba del saneamiento de Tehuantepec . . . Había en el barrio de San Sebastián Guichiveri, aguajes pluviales estancados, cuyas emanaciones infestaban . . . El jefecito salió á atacarlos con tropa, como si fue-

* «Porfirio Díaz.»—Por X. X. X.

sen *patricios* . . . Empezó con sus soldados una obra de canalización, del barrio de Guichiveri al de Chicuindi . . . Fué la derrota de los agujajes.»*

Y sin duda, fué allí en Tehuantepec, en tan obscura como heroica brega, donde surgieron los rasgos iniciales, los gérmenes primeros de sus futuras y brillantes dotes administrativas.

* «Porfirio Díaz,» por X. X. X.



Hospicio de niños. Entrada Principal.